

Síntesis analítica del foro «Mujeres y hombres, siglo XXI»* **Gonzalo Portocarrero**

Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995

Steve Stern (ed.)

Instituto de Estudios Peruanos / Universidad Nacional San Cristóbal de
Huamanga
Lima, 1999

La tarea de elaborar una «síntesis analítica» de lo expuesto y discutido en este evento «mujeres y hombres, siglo XXI» supone, para cumplir con la síntesis, el ejercicio de una mirada abarcadora que pueda divisar, en el conjunto de las ponencias, algo así como un mosaico o rompecabezas; es decir, una figura o presencia que no estando en cada una de las partes depende, para aparecer, de la contribución de (casi) todas ellas. De otro lado, por el lado del análisis, esta misma tarea implica una presentación individualizada de los paneles y, también, de las principales ponencias. Es decir, en una «síntesis analítica» se trata de tener en cuenta, en un juego de aproximaciones y distancias, tanto el bosque como los árboles. Ni tan cerca como para perder la perspectiva de conjunto del bosque, ni tan lejos como para dejar de divisar al menos los más prominentes árboles. Bien se comprende entonces lo exigente y difícil de esta tarea. No está de más, por tanto, manifestar desde un inicio que esta «síntesis analítica» es necesariamente un ensayo parcial y

que no puede hacer justicia a la riqueza de todo lo dicho y escuchado en estas jornadas tan intensas.

En realidad este foro puede ser pensado como una «feria discursiva», es decir como un espacio de encuentro e intercambio entre los asistentes. Los expositores, destacados intelectuales, líderes sociales y dirigentes políticos, se han referido a los más diversos aspectos de la problemática de género. En un tiempo muy breve, entre 15 y 20 minutos, han tratado de transmitir vivencias y conocimientos que condensan largas trayectorias de inquietud y reflexión. La «oferta discursiva» ha sido pues muy amplia y de primera calidad.

De otro lado, las setecientas personas inscritas en este foro provienen de mundos distintos. En lo fundamental: gente vinculada a la universidad, a los medios de comunicación, a la política y a diversas organizaciones de la sociedad civil. En cualquier forma, todos las personas asistentes hemos peregrinado por los distintos ambientes en que se ha realizado este evento, seleccionando los conversatorios y las

* Esta exposición es resultado de un trabajo colectivo en el que participaron Narda Henríquez, Pamela Lastres, Cecilia Monteagudo y Eloy Neyra. Nos dividimos los paneles a fin de que por lo menos uno de nosotros estuviera presente en cada uno de ellos. Con nuestros apuntes ensayamos una puesta en común y una síntesis de todo lo discutido, y es esta síntesis la que ahora presento. Corresponde decir ahora que formé este equipo a invitación de Sonia Goldenberg, quien fue la organizadora e inspiradora del evento, y a quien lógicamente agradecemos.

conferencias según nuestros intereses y la disponibilidad de tiempo. Ahora bien: en la mayoría de los eventos, con el último panel o conferencia, acaba todo. Al cerrarse la «feria» (discursiva), todos nos vamos a casa llevándonos las impresiones que nos puedan haber quedado y que más tarde podremos cotejar conversando con amigos o leyendo las reseñas en la prensa especializada. En el caso de este evento, no obstante, los organizadores han previsto la presentación y discusión de una «síntesis analítica», de una suerte de balance apresurado, y necesariamente parcial, cuyo mérito podría radicar en ayudarnos a trazar un panorama del *significado de este foro*.

Antes de entrar al detalle de cada panel, me parece importante identificar los temas comunes, los supuestos que las ponencias comparten. Una primera idea, que está en todas partes, es que las cosas ya no son como fueron; que estamos en una nueva época que aún no conocemos en su *positividad*. De ahí quizá la reiteración del prefijo «pos» para referirnos a ella. Es decir, la concebimos en ruptura, a partir de lo que ya no es, en diferencia a lo que ya fue. Pero distamos de saber lo que exactamente es. En efecto, muchos hablan de que vivimos en una época posmoderna desde el momento en que las grandes narrativas de la modernidad han perdido su evidencia. Ideas modernas como el progreso o el socialismo permitieron imaginarnos el presente como momento de un drama que apuntaba a algo distinto y superior; mientras que hoy en día esta convicción está debilitada, cuando no difuminada. Sea como fuere, la política entusiasma cada vez menos y, paralelamente, se desvanece la expectativa de con-

vergencia de la humanidad en torno a un estilo de vida único. Con respecto al tema del foro, creo que podríamos hablar de que empezamos a vivir una época pospatriarcal en el sentido de que todo un sistema de género —el patriarcal, basado en una complementariedad jerarquizada entre hombres y mujeres, en la dominación masculina— está siendo velozmente erosionado. Y en medio de las ruinas nos resulta difícil imaginar un futuro posible.

En todo caso, el concepto de sistema de género nos permite integrar mucho de lo que se ha discutido en este foro. Este concepto alude a la manera en que una sociedad *significa* las diferencias sexuales. Es decir, nos orienta a identificar el imaginario, o conjunto de ficciones sociales, que determina que las mujeres y los hombres seamos socializados mediante la atribución de tales o cuales características. Creo que este concepto de sistema de género tiene dos grandes ventajas. En primer lugar, nos invita a pensar lo masculino junto con lo femenino. No se trata, pues, del problema de la mujer o del hombre: solo desde la relación entre ambos géneros puede entenderse lo que ocurre con cada uno. En segundo lugar, otra ventaja que tiene este concepto es que nos lleva a pensar sobre el tema del género en relación con otros procesos sociales; es decir, esta colección de ficciones que estructura nuestras subjetividades no es algo aislado; todo el tiempo está interactuando con otras dimensiones de la sociedad, con la economía y con la política; y este concepto nos ayuda en el análisis de estas interrelaciones. Entonces creo que podríamos hablar, en cuanto a sistema de género, de que estamos en un periodo pospa-

triarcal, una etapa en la cual se desdibuja un sistema estable por muchísimos años, pero sin tener todavía claro el futuro: solo podemos avizorar algunas tendencias, sin estar seguros de que todas ellas puedan converger en un nuevo sistema.

Como se sabe, en el sistema patriarcal los sexos son imaginados como complementándose en una relación jerarquizada. Las propiedades que definen lo masculino y lo femenino son presentadas como hechos naturales e inmodificables que en todo caso solo necesitarían ser reforzadas en la socialización para que de esta manera en cada cuerpo emerja espontáneamente la correspondiente identidad de género. En el imaginario patriarcal, la mayoría de las actividades son o bien masculinas o bien femeninas. Así, los quehaceres domésticos son considerados como propios de la mujer, como una suerte de prolongación o derivación de un instinto maternal o de una esencia femenina. Las actividades públicas —el trabajo remunerado y la política— son consideradas como propias del hombre, intrínsecamente masculinas. Otro tanto ocurre con el funcionamiento de la mente, pues la presteza para las emociones y la comprensión son evaluadas como atributos de lo femenino, y en cambio la razón y la ecuanimidad son vistas como fundamentalmente masculinas. Tenemos entonces un sistema patriarcal coherente y estable, instituido por un imaginario que se basa en oposiciones binarias.

Este sistema de género está minado, en ruinas; aunque aún no tengamos otro. La subversión del sistema de género tiene que ver con una serie de procesos económicos, culturales y políticos. De un lado, la demanda de trabajo ha llevado

a la incorporación masiva de la mujer en la población económicamente activa, terminándose así el encierro doméstico y el monopolio masculino sobre la esfera pública. De otro lado, tenemos la extensión del principio de la equidad. En realidad la democracia es un proceso expansivo que va modificando las relaciones entre la gente, subvirtiendo las jerarquías «naturales», nivelando las desigualdades que no se fundamentan en el mérito y el esfuerzo. Las relaciones de género representan una suerte de última frontera de la racionalidad democrática. Y en los últimos años esta ha erosionado decisivamente el patriarcalismo. Pero no se podría perder de vista la propia insatisfacción que el sistema produce, y el protagonismo, sobre todo femenino: las luchas de las mujeres por acceder a la educación, al trabajo remunerado, a la ciudadanía; a las mismas posibilidades de desarrollo humano con las que cuentan los hombres. A ello habría que añadir el malestar que el sistema produce en muchos hombres y el cuestionamiento creciente de la masculinidad tradicional. En todo caso, lo que queda claro es la necesidad de un nuevo sistema de género en el cual la complementariedad no se fundamente en la jerarquía, y la diferencia no sea pretexto para la desigualdad y la dominación. No obstante, parecería que estamos lejos de un sistema así. Lo actual es más bien la crisis del patriarcado.

En todo caso, creo que a partir de lo dicho en el foro podemos identificar una serie de tendencias de cambio. La primera sería que el sistema de género está perdiendo centralidad en la definición de las identidades personales. Las clasificaciones binarias y excluyentes en torno a lo que es masculino y fe-

menino están debilitándose. Esto ha sido señalado con mucha fuerza por Margarita Riviere cuando hablaba de la mayor vigencia que cobra la lógica del mestizaje. Ahora, gracias a la mayor vigencia de la equidad y la tolerancia, sería posible combinar atributos antes juzgados como esencialmente masculinos o femeninos. Habría menos temor de ser censurado como incierto o abyecto —es decir, «maricón» o «machona»— y, por tanto, habría un mayor margen de libertad. Entonces las personas podríamos estar menos estereotipadas por el sexo a que pertenecemos, ser más individuos. En la definición de la subjetividad individual estaría creciendo, pues, el espacio de lo andrógino, de lo que no tiene marca de género y que puede ser común a mujeres y hombres.

De otro lado, hay mucha expectativa sobre los efectos positivos, en términos de bienestar general, de la participación femenina en el quehacer político. Es un hecho que en la socialización tradicional las mujeres adquieren una serie de hábitos que más tarde en el desempeño de la función pública pueden resultar virtudes muy apreciables. Se trata de una serie de disposiciones: a cuidar del otro, a dialogar y consultar las decisiones, a administrar los recursos con transparencia. De hecho, las encuestas de opinión pública registran esta expectativa: la mayoría de la gente piensa que puestos como el de ministro de Salud o Educación estarían mejor a cargo de mujeres.

Una última tendencia o idea común se refiere a que no será nada fácil la reconstrucción del sistema de género. En efecto: de las ruinas del patriarcado no emerge una alternativa de recambio. La crisis de la pareja y la soledad son el resul-

tado, y en el futuro próximo crecerá exponencialmente el número de personas que viven solas. La respuesta al desafío de lograr una complementariedad sin jerarquía está pendiente.

Después de esta introducción general paso a presentar las plenarios y los paneles en un formato necesariamente condensado. En la plenaria sobre *el amor en el umbral del milenio* se concluyó que el amor ha perdido centralidad en la experiencia humana. Es decir, vivimos en un mundo crecientemente *desamorado*. No obstante, a pesar de esta realidad, persiste la idea de que el amor es lo mejor de la vida. O como decía Lavina Byrne, es lo que en definitiva nos hace humanos. En el imaginario contemporáneo, el amor sigue siendo lo que da sentido a la vida. Ahora bien: el desfase entre el deseo de amor y la experiencia de incomunicación es motivo de duelo y melancolía, de añoranza impotente en la medida en que no se imagina un reemplazo del amor. Seguimos deseando la intimidad amorosa, pero nos resulta muy difícil lograrla. Entonces el amor se nos aparece como anhelo y dificultad, como ilusión y desafío. El cambio es más intenso en las mujeres. Ya no están dispuestas a dar todo por amor. La incondicionalidad femenina ya no va más, observó Lipovetski. Vivimos una época posromántica. La mujer de hoy se abre al amor solo en la medida en que este no trabe su desarrollo personal. Sabe demasiado bien que la entrega incondicional empieza limitando su proyecto de vida y termina con la muerte de ese amor que parecía justificarlo todo. Se suele perder la soga y la cabra. El individualismo está modelando la subjetividad femenina de una manera profunda. El ideal

de autonomía ha calado hondo. El sexo, mientras tanto, ya separado de la retórica sentimental, es ahora una actividad más libre para la mujer. No obstante, tampoco llega a representar para ella un fin en sí mismo, como ocurre en el caso de los hombres. De otro lado, ellos también están cambiando. Hablan más de sus sentimientos, aun cuando no llegan a involucrarse tanto en sus relaciones. En todo caso, el fracaso de la relación afecta sobre todo a los que ponen más ilusiones en el encuentro amoroso.

En la segunda plenaria quedó claro que todas las expositoras compartían la idea de que la mayor participación femenina en la política no solo es deseable por justa y benéfica, sino que es ya, además, una realidad palpable y en plena expansión. Dado este supuesto —y esta constatación— las intervenciones se concentraron en la situación existencial de las mujeres que ejercen poder. De hecho, estas adquirieron un carácter abiertamente testimonial. Todas las expositoras eran líderes de importancia y resulta que ninguna de ellas compartía su vida con un hombre. Como dijo Riviere: el poder en los hombres atrae a las mujeres, pero el poder en las mujeres aleja a los hombres. Frase que permaneció resonando pues resultaba de una observación aguda de hechos que tendrían que ser explicados. Los obstáculos a la participación femenina en la política son sutiles pero efectivos. A la mujer se la ignora, de manera que ella tiene que reclamar mucho para hacerse sentir. Para lograr un espacio a veces tiene que mimetizarse, masculinizándose. En todo caso, para evitar el mimetismo o la marginación, para que la participación de la mujer en la política signifique una diferencia, tendría que haber

en los parlamentos y espacios de poder una «masa crítica femenina». En estas condiciones, el funcionamiento de las instituciones podría cambiar. No obstante, todas las expositoras coincidieron en estar contentas de intervenir en política, a pesar de la hostilidad del medio y la lucha denodada que les significa. El costo más alto ha sido negarse la vida de pareja. En síntesis, la participación en política tiene para la mujer un costo personal más alto que para el hombre. Quizá los beneficios personales sean los mismos. Como salida, la generala del ejército estadounidense Claudia Kennedy propuso que las mujeres con poder se relacionaran con hombres que pudieran ser complementarios, que podrían encontrarse, por ejemplo, en el mundo de las artes. Es decir, gente más libre, menos vinculada a la obsesión por una carrera dentro de una organización y los consiguientes juegos de poder.

En todo caso, en esta plenaria quedó claro que la política es todavía un reducto masculino. Esto es evidente si se reconstruye el avance de la mujer en los distintos escenarios sociales. Actualmente las mujeres hacen el 50% de los sistemas educativos. El acceso a la educación es, pues, igual para todos. En la economía la cifra es menor, pues las mujeres representan entre el 30 y el 40% de la población remunerada. Entonces la política es el cuello de botella, pues las mujeres solo significan entre el 10 y el 15% de los parlamentos. Y en los ministerios la cifra es de solo 5%. La idea es romper este cuello de botella a través de algún sistema de cuotas que garantice que al menos un 25% de los parlamentarios sean mujeres. Así se llegaría rápido a la mencionada «masa crítica». No obstante, en realidad, tal

como lo señaló Sonia Goldenberg, el problema está, específicamente, en la relación entre la mujer y el poder. En efecto, puede que las mujeres sean el 40% de la población remunerada pero ocurre que conforme subimos hacia las posiciones de mando la participación femenina disminuye dramáticamente. Entonces, el número de mujeres gerentes es probablemente tan reducido como el número de mujeres ministras. Y en las posiciones de base sucede todo lo contrario. O sea que no todos los hombres mandan pero (casi) todas las mujeres obedecen. En el imaginario colectivo, en nuestras expectativas más libres y espontáneas, los elementos del poder —la iniciativa, la decisión, la autoridad— siguen siendo sentidos como atributos «esencialmente» masculinos.

El panel sobre el poder en la sociedad del siglo *xxi* funcionó como un adecuado complemento a la plenaria anterior. Los expositores se concentraron en el porqué y en el cómo de la participación política de la mujer. Respecto al porqué, los argumentos del embajador norteamericano, John Hamilton, fueron muy claros. Lo correcto e inteligente es apoyar a las mujeres como agentes del desarrollo. Sobre todo porque ellas producen mayor bienestar en su entorno. De otro lado, además, la consolidación de la democracia está tan ligada con la participación política femenina que *una no podría avanzar sin la otra*. Entonces, el gobierno norteamericano ha hecho suyos los acuerdos de la Conferencia de Beijing y se propone favorecer la igualdad de oportunidades entre géneros. Respecto al cómo de la participación femenina, Ana María Yáñez defendió la idea de las cuotas. Sucede que como las mujeres saben me-

nos de política, sería justo y necesario promover su participación garantizando que al menos el 25% de los congresistas fueran mujeres. Por su parte, Cecilia Blondet advirtió que la participación femenina podía ser manipulada, como sucedió en el Perú, puesto que las mujeres fueron alfiles y peones en el juego político de Alberto Fujimori, y aún le lavan la cara al régimen. Además las mujeres están divididas y no actúan al unísono.

En el siguiente panel, «Los hombres del 2000», quedó claro que si bien los hombres no hemos sido los protagonistas del cambio en el sistema de género, es sin embargo lógico que expresemos nuestra insatisfacción con muchos aspectos de la masculinidad. John Stoltenberg señalaba que se aprende a ser hombre a través de la práctica de rituales agónicos, de lucha (casi) a muerte, cuya premisa es que el otro es un enemigo y que la lucha puede ser sin cuartel. Es decir, los juegos de guerra. Así, entrenados a competir-combatir, no viendo en los otros iguales sino tan solo subordinados o enemigos, a los hombres nos resulta harto difícil la intimidad, el encuentro gozoso con el otro. Entonces sucede que mientras los hombres hallamos en las mujeres el abrigo emocional que buscamos, las mujeres no encuentran ese abrigo en nosotros. Por tanto, si quisiéramos ser más felices, los hombres tendríamos que resistir la presión por interiorizar la masculinidad tradicional, con sus fobias y exclusiones. No definimos por ella. En un formato testimonial, Sandro Ventura reflexionó sobre su experiencia de rechazo de los estereotipos masculinos. Escribiendo poesía, haciendo danza y teatro, logró escapar de muchos encasillamientos. Desarrolló partes

de sí que le son muy queridas y satisfactorias, pero que suelen estar vedadas a la mayoría de los hombres. Se trataría entonces de ir disolviendo las oposiciones que sustentan la socialización de género, liberando a hombres y mujeres de mutilantes imposiciones. Desde una perspectiva académica, Norma Fuller destacó la fragilidad de la condición masculina, la enorme tensión implícita en el compromiso de estar siempre por encima, en la permanente identificación con el poder. Entonces, cansados, algunos hombres comienzan a demandar relaciones diferentes. Un erotismo, por ejemplo, donde haya espacio para el deseo femenino y donde el hombre pueda asumir una posición más relajada. Finalmente, Moisés Lemlij resaltó, desde una perspectiva psicoanalítica, que mujeres y hombres tenemos todos partes masculinas y femeninas. El problema está en que la sociedad nos hace rechazar a una de estas partes. Entonces vivimos sus insinuaciones con gran angustia y culpa, como una monstruosidad. En realidad, en lo profundo, hombres y mujeres queremos tener los dos aspectos y nos sentimos envidiosos del otro polo, de quienes son lo que nosotros no somos. Pero ahora sería posible una mayor libertad; es decir, que los hombres desarrollemos nuestra feminidad y las mujeres su masculinidad. Entonces llegaríamos a lo que propuso Carlos Alevine: una renegociación entre los géneros. Mujeres más decididas y hombres más sensibles podrían ser más amigos y amantes entre sí. Citando a un poeta brasileño, Alevine precisó que la amistad es intercambio, es la posibilidad del alma de habitar la casa del otro.

En el panel sobre la intimidad se continuó la conversación iniciada en el tema del amor. La intimidad aparece como el lugar de realización del ser humano, pues solo en ese espacio protegido podemos ser nosotros mismos; es decir, tratar de ser, a la vez, todos nuestros fragmentos. No aparentar nada. En este sentido es que la vida privada y familiar (re)adquiere un gran prestigio. No obstante, pese a este consenso, hay múltiples obstáculos a la intimidad. José Antonio Marina postuló que en la medida en que la realización personal se cierra sobre sí misma, la intimidad está en quiebra. En una vida centrada en el éxito, no hay lugar para el otro. Vivimos entonces precariamente, como en tiendas de campaña, pero añoramos construcciones más estables; soñamos con compartir nuestras vidas. Desde el periodismo, Margarita Riviere denunció la conversión de la intimidad es un espectáculo, en una mercancía. Se trata de los *talk-shows* y los programas de chismes. Además, el sexo se ha divorciado de la intimidad. Está sobrevalorado y convertido en una obligación. Vivimos entonces en un mundo que tiende a la falsedad. Hay que aparentar gozo y ocultar el sufrimiento, no importando tanto nuestros reales sentimientos. Hay muy poca intimidad. Por su lado, Lipovetski reconstruyó la evolución de lo femenino. Desde la mujer totalmente inferiorizada, culpable de todos los males, como ocurre con la figura de Pandora, hasta la «tercera mujer», la mujer contemporánea que es libre y autónoma, pues aun cuando esté enraizada en la tradición, lo está de una manera reflexiva, sintiendo que puede escoger sin compulsiones. La «tercera mujer» ya no envidia a los hom-

bres ni tampoco está en guerra contra lo femenino. No obstante, ella está sobreexigida por el trabajo y la familia. Finalmente, Estella Waldon sugirió que las mujeres pueden bastarse a sí mismas. En efecto, cada vez es mayor el número de mujeres de éxito. Empresarias y profesionales que tienen de todo pero que aún se sienten inseguras y temerosas, añorando la seguridad de tener al lado un hombre superior. En estas condiciones, la maternidad tardía puede ser una forma de lograr la intimidad. Y sin pareja masculina. En efecto, el desarrollo tecnológico hace posible que las mujeres puedan congelar sus óvulos en el periodo fértil de sus vidas para más tarde fecundarlos con el espermatozoides de un dador anónimo y reimplantárselos de manera de ser madres después de la menopausia, entre los 50 y los 60 años. Más satisfactoria es la intimidad con la hija o el hijo pequeño que con el hombre crecido. Entonces los hombres son casi redundantes. Más aún por cuanto la tecnología hace obsoletas muchas de sus cualidades, como la fuerza física y la disposición a imponerse. La mujer está mejor preparada para las épocas que vienen.

En el panel sobre los medios de comunicación y el cambio cultural se debatió en qué medida los medios pueden ser considerados como un espejo, como un espacio donde se reflejan los cambios que se dan otros lados, o, alternativamente, en qué medida pueden ser considerados como agentes eficaces de estos cambios. La polémica quedó abierta. En todo caso, la mayor inquietud se concentró en los medios audiovisuales. La preocupación es que estos puedan avasallar a los espectadores. Su capacidad hipnótica, de arrebatarse la atención y reducir al espectador a la pasividad,

los lleva a imponer una visión de la realidad como si esta fuera la única posible. Otra opinión muy interesante en este panel fue la consideración de la publicidad como un espacio de creación artística sorprendentemente libre, en el cual, por tanto, pueden avizorarse los cambios socioculturales. En efecto, para el mismo éxito de la industria publicitaria es vital que la imaginación recoja y elabore los deseos de la gente. Es decir, tiene que nutrirse de los anhelos aún no verbalizados. Darles forma. Finalmente en el panel se advirtió el peligro de una trivialización de la cultura y el consiguiente empobrecimiento de la vida. La única opción sería superar la dicotomía entre entretenimiento versus educación.

En el panel «El arte en el umbral del milenio» lo central fue sepultar el pasado; es decir, la denuncia del sistema patriarcal, la crítica de la manera en que este organiza toda una percepción de la realidad que trata de imponerse como la única realidad, como algo evidente y natural. En este sentido, Susana Reisz explicitó la lógica patriarcal que subyace a los personajes de *Cien años de soledad*. Muchas veces las mujeres son descritas y valoradas en función exclusiva de su anatomía, que es además animalizada, como en el caso de esa chica con «téticas de perro». Estamos ante una visión patriarcal y arcaica que sin embargo no ha perdido belleza, pues de todas maneras logra plasmar muchos de los eternos conflictos del alma humana. Desde la danza, Morella Petrozzi se preguntó en qué medida es posible escapar de las marcas de género que animan y restringen el movimiento de los cuerpos. Por de pronto, su interés está en crear un

lenguaje corporal común a hombres y mujeres. Por último, Ruth Fainlight, mediante la lectura y el comentario del poema «Saba y Salomón» muestra cómo la lógica del pensamiento masculino exige marcas de género, tiene terror a la indiferenciación. Las piernas peludas de Saba angustian a Salomón pues la convierten en alguien demasiado parecido a un hombre. De ahí que tendrá que afeitárselas para ganar el amor del rey.

El panel «Globalización, género y desarrollo» ha sido muy importante porque en un auditorio de gente cosmopolita, entretejida en la globalización, se recordó que esta es un proceso profundamente paradójico, que supone integración pero también exclusión. Kim Boulduc refirió cifras contundentes. Resulta que a nivel mundial el 86% de la riqueza es poseída por el 14% de la población y que por tanto el 86% de la población tiene solo el 14% de la riqueza. En el caso de las mujeres, la exclusión y la pobreza son mayores: 340 millones de mujeres no van a sobrevivir los 40 años de edad. Además, una de cuatro mujeres ha sufrido alguna vez en su vida abuso físico. El reto del futuro es entonces impulsar la equidad. En este sentido, Elizabeth Schrader, del Banco Mundial, manifestó que en su institución la perspectiva de género es parte de la política oficial. El Banco ha incorporado en su equipo especialistas en la materia y está atento a promover la mejora de la condición femenina.

En el panel «Empresa privada, nuevos paradigmas de liderazgo» se hizo evidente el uso extendido de las categorías de género para describir las formas de organización y los estilos de gestión empresarial. Baltazar Caravedo contrastó dos

modelos: el vertical y jerárquico, centrado en la autoridad y disciplina, que sería masculino. El segundo, horizontal y participativo, que favorece la creatividad, sería femenino. Aunque esta dicotomía fue matizada, quedó claro que está surgiendo una nueva cultura empresarial en la cual se busca una mayor comunicación y compromiso con la empresa. Para adaptarse a esta nueva realidad, las mujeres estarían mejor preparadas. En todo caso, los hombres tendrían que incorporar actitudes tradicionalmente femeninas; es decir, más disposición a colaborar y menos disposición a competir. Susana de la Puente remarcó que el gerente autoritario, «macho», ya no es rentable. Además las empresas tienen que cuidar su imagen, pues el surgimiento de un «consumidor ético» hace que cualquier acto discriminatorio pueda significar grandes daños en términos de ventas. Las empresas se ven forzadas a impulsar la igualdad de oportunidades entre géneros y grupos étnicos, pues de otra manera serían castigadas por el público. Entonces, para que la maternidad sea compatible con la carrera profesional, es necesario dar facilidades a las mujeres. El «techo de vidrio», ese conjunto no reconocido de restricciones al avance de las mujeres, es finalmente roto.

En el panel sobre la «encrucijada de la mujer indígena» primó una perspectiva testimonial. Y como en el caso de las mujeres políticas o empresarias, también dominó aquí un tono reafirmativo. En contra de ciertas expectativas, se expresaron más reclamos que quejas, más esperanza que resentimientos. En realidad las mujeres indígenas destacaron sus logros en la lucha por un empoderamiento que les permita resistir a la discriminación étnica y

de género. En este panel se hizo patente que la condición femenina se vive desde una situación étnica y económica, y que por tanto, la lucha por la equidad de género es también una lucha por la democracia social y la justicia en las relaciones humanas. Tarcila Rivera hizo hincapié en la necesidad de tender puentes entre todos los sectores que luchan contra la exclusión y la injusticia, de encontrar puntos comunes para llegar así a una propuesta que incrimine a todos. En cualquier forma, cabe a la mujer indígena la responsabilidad de atesorar una cultura que, pese a estar arinconada, representa un principio de diversidad, una riqueza que debería preservarse y estar abierta a todos.

Hasta aquí los paneles. Me gustaría terminar con un comentario que es también una invocación. Se trata de la distancia entre

la calle y el grupo humano aquí congregado. En el sentido común, en nuestro país, la condición masculina es vivida como algo potente y fuerte, los hombres somos llamados a felicitarnos por serlo. En cambio la condición femenina es dolida, pues no coloca a sus portadoras en un plano tan promisorio de desarrollo personal. En este seminario ha ocurrido justamente lo inverso. Todas las narrativas en torno a la mujer son muy reafirmativas. Y la masculinidad ha aparecido como una imposición mutilante. Desde luego que en el sentido común hay cambios importantes. Hoy el discurso de la equidad de género está en todas partes. No obstante, la distancia es abrumadora. Y ello debe significar un compromiso para abogar por relaciones más humanas, que nos enriquezcan a todos.